

SUMARIO

Crónica general, por NIEMAND; pag. 113. — El Año Militar Español: colección de episodios, hechos y glorias de la historia militar de España, por el comandante de Artillería, don ESTANISLAO GUIU V MARTÍ; informe de don JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE; pag. 116. — Ojeada sobre los sucesos de la guerra tesaliana (*continuación*), por C. BARÓN DE GOLTZ, traducción del MARQUÉS DE ZAYAS, comandante de Estado Mayor, pag. 121. — Marcha experimental para el ensayo del material de montaña de 7'5 de tiro rápido (*continuación*), por don EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS, comandante de Artillería; página 125.

Pliego 20 de *Telegrafía Militar*, por D. CARLOS BANÚS Y COMAS, coronel, teniente coronel de Ingenieros.

Pliego 16 y último de *La dirección de la Guerra*, por el general, BARÓN DE GOLTZ.

CRONICA GENERAL

LA GUERRA.—EFICACIA RELATIVA DE LOS BELIGERANTES.—EL ESTADO MILITAR DE LOS YANKEES POR DENTRO.—LA SUSCRIPCIÓN DEL XX^o *Siècle* A FAVOR DE LOS HERIDOS ESPAÑOLES.—EL DONATIVO DE M. WEGIMONT.—NUESTROS DESEOS FERVIENTES.

La guerra hispano-americana, que al escribir nuestra última crónica era un acontecimiento probable, pero aun futuro, es ya una realidad. Nuestro pueblo ha ido á la guerra pura y simplemente para continuar la historia de España, cortando de paso el terrible nudo gordiano de Cuba, que amenazaba estrangularnos en la época presente y se preparaba para ser en lo sucesivo un semillero de disgustos y contrariedades sin cuento, en virtud de varios motivos que no es del caso exponer.

Y como tampoco esta es la ocasión de hacer consideraciones, que palidecen ante la realidad de los hechos, ni de estampar críticas que rechaza el patriotismo, compondremos esta crónica con recortes que sin duda serán al lector más convenientes que lo que nosotros pudiéramos escribir.

*
*
*

El primer recorte es de un telegrama de Nueva York, que recibió hace unos días *La Correspondencia de España*, cuyo telegrama pinta fielmente la eficacia relativa de los estados beligerantes, y permite formar concepto, en vista de los *datos*, de cuál pudiera ser el mejor desarrollo que, en su principio, cabría dar á las operaciones de la guerra:

«En momentos—dice el corresponsal—como estos tan solemnes para la patria, considero de mi deber decir la verdad de lo que veo y ni alentar quiméricas ilusiones ni tampoco contribuir á indebidos é injustificados desalientos, sino desvanecerlos con informes ciertos.»

«Los vastísimos recursos de este país, las energías inagotables de este pueblo, su inventiva y actividad para vencer dificultades y solventar problemas, la pericia de las oficialidades de la marina, los elementos que recientemente ha reunido, las ventajas geográficas, tanto en lo relativo al teatro de las operaciones como á la situación de las principales ciudades, todas estas circunstancias reunidas hacen de los Estados Unidos un enemigo formidable que requiere para combatirlo un supremo esfuerzo de España, unida, entusiasta y generosa en sangre y dinero.»

«Pero por otra parte, la falta de entusiasmo de la gran masa de este país norteamericano, la conciencia que tiene la opinión pública de que este gobierno defiende una causa injusta, la convicción de que la guerra ha sido provocada para servir intereses bastardos, lo cual implica una agresión que todo el mundo reprueba, la exigüidad del ejército, la falta de organización de las fuerzas que será preciso llamar con precipitación y equipar con vestuario impropio para vivir y menos combatir en los trópicos, la diversidad de armamentos que llevarán esas mismas tropas, la necesidad imperiosa de imponer fuertes contribuciones, causando hondo disgusto en los contribuyentes desprovistos de entusiasmo patriótico, las malas condiciones de los buques de guerra, por las faltas cometidas en su construcción y los defectos de su maestranza; la dificultad de los alistamientos y el carácter cosmopolita, inexperto y aventurero de las dotaciones de la marina, unido á la falta de disciplina revelada por los continuos contratiempos y accidentes que han sufrido los buques de guerra; el horror que en este pueblo causa el clima de Cuba y el vómito; el estado indefenso de las costas de los Estados Unidos; la reacción que ya se ha iniciado en vista de la virilidad de España; y por último, la convicción del error cometido al conceder poca eficiencia á las fuerzas españolas y menospreciar nuestro valor; todas estas circunstancias reunidas—que pesan más en la balanza que las en primer lugar enumeradas para medir el enemigo que vamos á combatir—inducen á creer firmemente que si España, provocada sin razón, se lanza con actividad, audacia, y sin contemplaciones ni demoras, á asestar golpes inesperados, rápidos y atrevidos, la fortuna podrá llevar nuestras armas á la victoria, causando pánico en las masas de este país, desmoralizando el ejército y la marina, desconcertando al gobierno y obligándole á desistir de su loco empeño.»

*
*
*

El otro recorte es una hermosa página de cariño á España escrita en el extranjero. La debemos á el *XX^e Siècle*, periódico de Bruselas, y sus palabras son de las que llegan al alma. Y por si alguien las creyere no más que palabras, hemos de decir que, aparte de la suscripción en favor de los heridos españoles á que sirven de encabezamiento, uno de los directores de dicho periódico, M. Wegimont, ha girado 50,000 francos (unas 90,000 pesetas) á España, para atender á nuestros gastos de guerra. He aquí ahora la alocución del *XX^e Siècle* á sus suscriptores, al abrir la suscripción indicada:

«El pueblo español se ha levantado en son de guerra como los campesinos de Flandes y de la Vendée se alzaron contra el invasor, pobres, armados precipitadamente, sin gran seguridad de la paga y seguros tan sólo de burlarse del peligro y de afrontar impávidos la muerte. El pueblo español es el campeón del

derecho, el representante de la civilización católica, y al levantarse contra la fuerza bruta, da al mundo una lección que ha de ser muy provechosa para todos los pueblos, puesto que el patrimonio de una nación no se mide únicamente por su estado financiero, ni por el número de sus provincias.»

«Los pueblos, al igual que los individuos; no viven de solo pan. Desdichados aquellos que no tienen más Dios que la fuerza bruta y que caen rendidos adorando al Becerro de oro.»

«Este Dios es el más espantable de los tiranos; es cruel pide víctimas, exige que se le sacrifique todo, y el alma dominada por su culto, es absolutamente incapaz de amar las causas nobles y de ponerse al servicio del derecho, sino que carece de aquellos arranques que levantan á las naciones postradas, y en un momento crítico salvan á los pueblos diezmados por la conquista ó por la desgracia.»

«Por este motivo una nación altiva, pobre en recursos, rica en honra, que ruge cuando se le insulta, y compromete hasta la vida para salvar la bandera, está en estos momentos prestando al mundo un servicio cuyo valor no puede humanamente apreciarse. De ahí que todos los hombres de corazón deseen buena suerte al pabellón español. Que flote risueño en el claro cielo sobre los mástiles de sus barcos en el momento del próximo zafarrancho. Los sacerdotes lo han bendecido; en todas las ciudades el pueblo lo ha saludado con calurosas aclamaciones, en sus pliegues lleva la honra de Europa, entendiéndolo los políticos de una vez, porque la Europa en masa está interesada en su triunfo.»

«Pero los hombres de corazón deben á la pobre España otro tributo además de los votos que hacen para el triunfo de sus armas. La Bolsa va á cerrar sus taquillas á la pobreza del hidalgo; si sus armar experimentan algunos reveses, los banqueros cerrarán los oídos á las peticiones de dinero que se les haga; con lo cual podría suceder que el dollar saliera triunfante del valor y del patriotismo. Debemos, pues, impedir que venga semejante desgracia sobre España, y que caiga tal vergüenza sobre Europa.»

«Católicos; por los soldados de España, por los heridos, por las primeras víctimas, pongamos á contribución nuestros recursos; contribución que debemos á todas las grandes causas y á todos los nobles infortunios.»

«La España contuvo al pie de los Pirineos la ola musulmana que amenazaba con romper todos los diques y anegar la Europa. No obstante las faltas de su vieja política, ha estado siempre en primera fila en las batallas reñidas por la civilización cristiana. En la actualidad está dando al mundo un ejemplo inmortal. Sostengámosla, pues, con nuestros recursos, y roguemos á Dios por ella.»

«*Le XX^e Siècle* abre en sus columnas una suscripción; y para predicar con el ejemplo, la encabeza ofreciendo el modesto óbolo de cien francos á esa nación heroica, á la cual dabemos amar tanto más, cuanto no nos pide nada.»

* * *

Terminamos nuestra tarea de hoy expresando la confianza de que los Estados Unidos saquen, de inmiscuirse en los asuntos de España, el mismo fruto que han sacado hasta aquí todos los que, viéndola abatida, lo han intentado.

NIEMAND

29 de Abril de 1898.

EL AÑO MILITAR ESPAÑOL

COLECCIÓN DE EPISODIOS, HECHOS Y GLORIAS DE LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA, POR EL COMANDANTE DE ARTILLERÍA, DON ESTANISLAO GUÍU Y MARTÍ (1)

Al terminar el último año académico me fué encomendado por nuestro Director el examen y juicio de una obra cuyo sólo título de *El año militar español* revela la importancia que ha de merecer de cuantos se dedican al ejercicio de las armas. El autor, el comandante de Artillería don Estanislao Guíu y Martí, profundamente impresionado desde su adolescencia, así lo dice, por las glorias ó desdichas de la patria, concibió una afición decidida al estudio de las *efemérides militares*, proponiéndose satisfacerla después con escribir un tratado sobre las españolas que mayor interés pudieran inspirar, pensamiento que ha realizado del modo que hoy me cabe la honra de exponer á esta Real Academia.

El libro del Sr. Guíu es, con efecto, uno como calendario, en que su celoso y erudito autor ha ido describiendo brevemente los sucesos de más bulto acontecidos en cada fecha, desde el primero al último día del año; en el transcurso de cuantos puede decirse que abraza nuestra historia patria. En ese concepto, la obra resulta perfectamente histórica y objeto por lo mismo, de estudio para todo hombre aplicado, á la vez que obra de consulta: tal es la variedad de asuntos, que, en razón de la forma adoptada para exponerlos, aparecen mezclados en las fechas á que cada uno de ellos se refiere.

Consta la obra de tres tomos en 4.º, bastante voluminosos, que contienen: un corto escrito, en primer lugar, que sirve al autor para anunciar *el objeto y plan* de su trabajo; un *Discurso preliminar*, después, dirigido á los alumnos de las Academias militares, á quienes la dedica: la que él llama *Breve reseña histórica de las guerras sostenidas por España en los diversos reinados*, la cual ya ocupa 226 páginas; el cuerpo principal que abraza las *Efemérides*, extendiéndose hasta la página 459 del tomo III; el titulado *Tributo de honor*, que dedica á la memoria de los militares muertos en acción de guerra á consecuencia de heridas ó en naufragio; el *Índice general* por orden alfabético, y, por fin, el *Catálogo bibliográfico de las obras consultadas ó que pueden consultarse*, aquéllas para la redacción, y para más detenido estudio éstas, del ya detallado y bastante extenso del señor Guíu.

Va éste exornado con planos y vistas de campos de batallas y sitios de plazas que el autor ha creído más necesarios para mejor inteligencia de sus noticias y explicaciones, y algunos cuadros ó estampas, cuyo mérito ó más elocuente significación en su objeto le han movido á trasladarlos en copia al texto de su obra, todos grabados en negro con esmero y arte.

Forma así *El año militar español* un conjunto lo suficientemente armónico para dar al lector idea del objeto instructivo á que se dirige y del modo de utilizarlo, así los alumnos de las Academias militares, á quienes ya lo he dicho, va dedicado, como los jefes y oficiales, que en cien ocasiones necesitarán invocar las enseñanzas que proporcione, y las demás clases sociales, que con ejemplos tan elocuentes verán en él agudo estímulo á su patriotismo.

(1) Informe leído á la Real Academia de la Historia y publicado en su *Boletín*.

No necesitaría yo extenderme más en este informe si me atuviera á los brillantes que se han emitido en varias publicaciones nacionales y alguna extranjera que el autor de *El año militar español*, y reunidas en una hoja volante, ha hecho acompañar á su instancia y preceder á su obra. La *Revue Bibliographique Universelle*, de París, los *Memoriales* españoles de Artillería é Ingenieros, otros periódicos casi todos oficiales de las distintas armas de nuestro Ejército, y alguno, aunque no técnico, han expuesto su opinión siempre favorable, haciendo resaltar lo ímprobo del trabajo que se impuso el señor Gufu al emprender tal obra y el acierto y la fortuna con que la ha llevado á ejecución.

Pero la severidad con que este Cuerpo literario ejerce su ministerio fiscal en los informes que se le encomiendan oficialmente y en que tan estrecha responsabilidad le cabe, así como el deber que impone á los académicos en quienes delega la misión de examinar los trabajos cuyo juicio ha de sometérselo, me obligan á, prescindiendo de toda otra declaración extraoficial, prestar aquí la mía según mi humilde, pero leal saber y entender.

Mi opinión no se diferenciará mucho de las respetables de las revistas y periódicos que acabo de citar; pero después de hacer observar cuán oportuno hubiera sido autorizarlas con la de la Junta Consultiva de Guerra, á quien compete, en primer lugar, el juicio de las obras de índole semejante á la de *El año militar* compuesta por el comandante Gufu, voy á ofrecer á la consideración de la Academia algunas observaciones que me han ocurrido al leer tan apreciable libro, útil en extremo, y es de esperar que fecundo en resultados para la instrucción del ejército.

El arduo empeño en que comprometió al señor Gufu esa afición que el mismo se atribuye, como contraída en su juventud, al estudio de las efemérides militares, le ha llevado á no satisfacerse sino describiendo con relativa extensión los acontecimientos más celebrados en las fechas de cada año, las acciones de guerra terrestres y navales, las grandes batallas y sitios de plazas, sobre todo, que hayan podido influir en la suerte de las armas y los destinos de nuestra patria desde los más remotos hasta los más recientes períodos de su varia y mutable existencia política. Y como ha sido tan varia, con efecto, y tan accidentada la vida de la nación española, y tantos son los notables sucesos que registra su historia, resulta en la obra del señor Gufu aglomeración tal de ellos en un mismo día de los muchos años que comprende, que se hace, más que difícil, el describirlos aisladamente, dar su explicación en una forma que los fije en la memoria de un modo indeleble. Por eso he dicho que es un libro de consulta el del señor Gufu más que de estudio histórico, que precisamente ha de exigir unidad y método, correlación entre todas sus partes y juicio crítico si ha de proporcionar el fruto á que su autor aspire.

He aquí un ejemplo que servirá á explicar la índole del libro del señor Gufu y mi anterior aserto.

Al referirse á los sucesos acaecidos en los días que llevan la fecha del 7 de Octubre, tiene el señor Gufu que traer á la memoria de sus lectores la batalla de Vincenza, en que el virrey de Nápoles, don Ramón de Cardona, batió en 1515 á los venecianos, mandados por Bartolomé de Albiano. La causa de aproximarse á Venecia las tropas de la *Santa Liga*, el botín allí cogido, la retirada y la victoria, las pérdidas, en fin, sufridas por los venecianos, todo está especifi-

cado con claridad, si bien lo brevemente que merece aquella función militar y exige el objeto del libro. Pero, por esto mismo, en la descripción del combate naval de Lepanto, refido en igual día de 1571, el autor se extiende, en cuanto á noticias y consideraciones, en proporción al entusiasmo que como español y católico le inspira, cual dice refiriéndose al episodio de la herida de Cervantes, *el trance más esclarecido que vieron los siglos pasados y presentes y que han de ver los futuros*, palabras tan conocidas del insigne autor, nunca bastante alabado, del *Quijote*. Siete páginas de letra no muy gruesa en el texto y muy pequeña en las notas y *Episodios*, ocupa esa relación, incluyendo en la meramente histórica detalles interesantísimos sobre personas y sus más sobresalientes actos, banderas y estandartes cogidos al enemigo, armas, barcos y cuantos objetos puedan dar importancia á jornada tan gloriosa.

Con gusto leería esa narración, pero temo aparecer inoportuno en este caso y enojoso para los que conozcan el trabajo del señor Gufú, que, como publicado en la *Revista Científico Militar* de Barcelona entre los años de 1877 á 92, habrá sido visto y quizás examinado por muchos de los que ahora nos escuchan.

Los *Episodios* sobre la galera *Marquesa*, en que fué herido Cervantes, sobre los también heroicos soldados Antonio de Paredes, Francisco Montañés y otro anónimo de la galera *San Juan*, son, del mismo modo, interesantes y á propósito para encender en valor el animo del más novicio de nuestros reclutas, así como el combate de las naves reales y de las demás de uno y otro bando, y las hazañas de Capitanes como D. Juan de Austria y Farnesio, Santa Cruz, Requesens y otros que el señor Gufú cuida bien de enumerar, llenarán de entusiasmo el corazón de los marinos, estimulándolos á la imitación de tan nobles ejemplos.

Sigue inmediatamente la descripción de la *Batalla de las Forcas*, en 1642, cuando más encendida andaba la sublevación de Cataluña. Si en Vincenza y Lepanto hay que admirar el talento de los caudillos y el orden y la disciplina de sus tenientes y subalternos, en las Forzas pueden, por el contrario, observarse, y por esto sirve de lección el relato de aquella batalla, los tristes y vergonzosos efectos de la ineptitud revelada en ella por su jefe y de la ignorancia, ya que no falta de valor, de los que mandaban las tropas del marqués de Leganés en aquella jornada.

De ahí lleva el autor á sus lectores á un *Episodio* del sitio de Ceuta en 1732, cuando el conde Mahoní gobernaba aquella plaza, y Juan Torrijos, soldado del regimiento que hoy lleva el nombre de Zaragoza y entonces el de Lisboa, arrebató á los moros dos estandartes penetrando arrebatadamente en sus filas. Después narra el *Paso del Bidasoa* en 1813 con todas las operaciones ejecutadas por el ejército anglo-hispano-portugués á las órdenes de lord Wellington contra el mariscal Soult para invadir el territorio francés á luego de la victoria de San Marcial y la reconquista de San Sebastián.

El señor Gufú acaba las efemérides del 7 de Octubre con la triste relación de lo que él llama *Asalto del Palacio Real* en 1841. Nadie en España ignora la historia de aquel infausto suceso, en que se reveló una de tantas veces el cáncer de la discordia que devora á nuestra patria, impidiéndola constituirse definitiva y sólidamente para recuperar su antiguo rango en el concierto de las grandes

potencias europeas. El *Asalto*, con efecto, del regio alcázar, las diversas peripecias que le dieron el carácter especialísimo que revistió y las ejecuciones á que dió lugar, y que, á pesar de la importancia de las demás víctimas, quedaron, puede decirse que oscurecidas por la del héroe de Belascoáfn, el inolvidable don Diego León, personaje verdaderamente legendario en las filas de nuestro ejército, están descritas en el libro del señor Guíu de manera elocuente y hábil, así como dirigida á revelar el contraste que forma tan lastimoso acontecimiento con otros tan gloriosos y fecundos en resultados como los de Lepanto y el Bidasoa.

Y este contraste, sobre el que meditará de seguro quien leyere el libro del señor Guíu, es una de tantas lecciones como ha de proporcionar su estudio si se hace con el espíritu filosófico que es de esperar de los que traten de sacar de ellas el fruto á que el autor aspira. Porque si para la guerra exterior ofrece mil ejemplos en las de Italia, Flandes y Alemania, en que Gonzalo de Córdoba, el duque de Alba, Farnesio, tantos otros capitanes insignes, regeneradores de la antigua disciplina militar, y aquellos sus incomparables tercios elevaron hasta lo sumo la representación de las armas españolas; si hace ver como entonces en la virgen América un puñado de nuestros compatriotas, regidos por Cortés y Pizarro, conquistó regiones inconmensurables por su inmensa extensión y por lo escabroso ó selvático de sus montañas y valles; si al consumarse la decadencia de la patria y tener sus hijos que reducir su acción belicosa á la defensa del solar nativo y principalmente á la de su honor é independencia nacional, presenta el espectáculo del coloso francés á punto de realizar su sueño de un nuevo imperio como el de Carlomagno, vencido, humillado y huyendo de una lucha que habría de llevarle á su total ruina, descubre también en sus páginas ese roedor vicio de nuestra sangre, que ha producido, desde los albores de la nacionalidad española, los horrores de la guerra civil con todas sus funestas y terro-ríficas consecuencias.

Pues bien; de todo eso se hace materia de instrucción en el libro del señor Guíu y guía para todas las clases del ejército en su conducta, en el cuartel lo mismo que en los campos de batalla.

«Para conseguirlo—dice el señor Guíu al terminar su *Discurso preliminar*—inspirémonos en los ejemplos de nuestros antepasados, que llenaron el mundo con sus hazañas y alcanzaron imperecedera fama para el nombre español, rindiendo siempre severo culto á esa deidad ideal llamada honor, primer elemento y germen de todas las virtudes militares. Que cuando caduco ya el cuerpo por las fatigas y los años termine nuestra peregrinación por este mundo, después de haber disfrutado la satisfacción que proporciona el cumplimiento de todos los deberes, limpia é inmaculada la conciencia, podamos exclamar: *He dedicado mi vida entera al servicio de la patria; he contribuido á su prosperidad y grandeza; el honor ha guiado constantemente mis pasos; puedo descansar tranquilo en el seno de Dios.*»

Por lo expuesto se ve que no cabe doctrina militar más sana que la enseñada por el comandante Guíu en su *Año militar español*. Y esa doctrina, recomendada á los militares españoles, común en sus preceptos y con sus ejemplos á toda tropa reglada y sujeta á disciplina, tiene que interesar de igual modo á los extanjeros, amigos ó enemigos nuestros. ¿Cómo no ha de importar el cono-

cimiento de cuanto nuestras armas ejecutaron á los descendientes de los franceses, por ejemplo, que tantas veces hubieron de resistir la furia española con más ó menos fortuna: de los britanos, que puede decirse que sólo en élla encontraron obstáculos insuperables á su estoico valor en sus perseverantes planes de dominación; de los italianos y alemanes, holandeses y belgas, cuyos territorios pasearon nuestros victoriosos tercios y regimientos? Nuestra historia forma parte de la de esos pueblos y su estudio les interesa para, comparándola, hallar la verdad de sucesos que sólo así pueden fijarse acertadamente y hacerlos comprensibles é instructivos.

Y si eso es evidente y se recomienda á nuestros oficiales su estudio, obligados con él á recordar á los subalternos los altos hechos de sus mayores en ocasiones de empeño, en eventos siquiera imprevistos, para estimularles en su imitación, nunca como entonces útil, ¿cómo no ha de serlo á todas nuestras clases sociales?

La opinión de esta Real Academia en ese punto está consignada, desde que emitió dictámen del libro que el comandante de infantería, don Antonio Gil Alvaro, publicó el año anterior con el título de *Glorias de la Caballería española*. Y si ésta, que pudiéramos calificar de monografía militar, pues que sólo se refiere á la historia, y no completa, de aquella arma, ofrece interés para la juventud por los entusiasmos que debe inspirar su lectura, cuáles no serán los que provoque la de un libro como el del señor Guáu, que de toda la historia de España recoge la de aquellos actos más notables y más propios para despertar tan generosos sentimientos?

Un lector escrupuloso podría señalar en el trabajo á que me estoy refiriendo alguna omisión, hallazgo nada extraño siendo tan extensa y variada la relación de los hechos militares que el señor Guáu se ha propuesto ofrecer para la enseñanza á que lo dedica. Entre otros de escasa importancia, yo me atrevería á indicar, en la fecha del 7 de Junio, el olvido de la acción de Alcolea en 1808, cuyo estudio, de haberse hecho el 28 de Septiembre 1868, hubiera producido regularmente muy otros resultados que los recordados por el señor Guáu al narrar la acción última con tan minuciosos pormenores.

Alguna equivocación puede también señalarse en el relato de esa misma *Batalla de Alcolea*, nada de extrañar tampoco si se atiende á las dificultades que presenta la historia contemporánea, insuperables al tratarse de una guerra civil. Viven los beligerantes, las pasiones que la producen se hallan todavía excitadas; existen intereses encontrados en demostración para unos de la virtualidad de su acción en el triunfo, y en disculpa, para otros, de su vencimiento; y es, más que difícil, casi imposible el acuerdo entre ambos al transmitir á la historia lo que unos y otros dicen haber visto ó haber hecho.

Esta es doctrina de todos los historiadores, desde Tucídides hasta los de nuestros días.

Por lo demás, la obra del señor Guáu llena todas las condiciones que pueden exigirse para el objeto á que está destinada. Las satisface también en cuanto á las condiciones que determina el Real decreto de 29 de Agosto de 1895 respecto á su mérito. Es original, no existiendo ninguna que se le parezca en España ni en Francia, según manifiesta la *Revista Bibliográfica Universal*, de París, ni en otro país del extranjero, que yo sepa. Es de mérito relevante en ra-

zón del fin perseguido, felizmente en mi sentir, por su autor, el de dar á conocer los hechos históricos de más resonancia en todos tiempos y con extensión suficiente para que su recuerdo produzca en los lectores la emulación y el generoso estímulo tan convenientes en la juventud si ha de corresponder á las esperanzas de la patria. Por fin, que ha de ser útil para las bibliotecas, no hay para que dudarle desde que logre satisfacer las anteriores condiciones del modo indicado y del que se ha hecho observar en el curso de este informe.

Lenguaje, además, propio de la Historia é intención filosófica para que las noticias que se dan en el libro y los ejemplos que en él se exponen se dirijan en su emisión, examen y juicio al objetivo propuesto de excitar, primero, la curiosidad, fijar, después la atención del lector, y por fin, producir en su ánimo, con la afición á la carrera de las armas, el deseo de manejarlas, según lo han hecho los modelos que se le presentan, en servicio de la patria y para honra y gloria de su mismo nombre, son también cualidades que reúne la obra del señor Gufu, en concepto, al menos, del que suscribe.

La Academia, sin embargo, examinándola á su vez y fijando la atención en los informes insertos en las tan autorizadas revistas y periódicos ya citados, resolverá lo que en su alto juicio considere como más justo y conveniente.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.



OJEADA SOBRE LOS SUCESOS DE LA GUERRA TESALIANA

POR C. BARÓN DE GOLTZ.

(Continuación)

Su jefe de Estado mayor Omer Ruchdi Bajá, había desempeñado, durante mucho tiempo, igual cargo en el primer Ordu y en la Guardia, en Constantinopla; conocía, por lo tanto, todas las dificultades de las funciones del mando y sabía los escollos que hay que evitar. Reposado, reflexivo, tenaz y prudente, algo cansado ya, era un elemento moderador al lado de Edhem Bajá. Fué siempre considerado como *persona grata* de Palacio y desempeñó numerosas comisiones especiales, entre ellas la de comandante en jefe eventual del quinto Ordu. Era de igual edad que su general, y, aunque algo anticuado en su educación militar, se le tuvo siempre por hombre de ciencia y muy laborioso.

Su adlátere, el coronel Seifullah Bey, es de origen tcherkess, y si no estoy mal enterado, adquirió su primera instrucción en Rusia. Vino á Turquía con su padre Tcherkess Mehmet Bajá, soldado de valía que durante muchos años y en los disturbios de 1885-86 sirvió como general de división á las órdenes de Mustafá Bajá. Le conocí en 1883 en la escuela militar de Constantinopla, donde fué auxiliar mío en la enseñanza del servicio de estado mayor, cuya dirección ejerció con gran acierto hasta que con motivo del anterior conflicto con Grecia fué á Atenas de agregado militar y más tarde nombrado cónsul en Larissa y en Volo. Es un buen carácter militar, muy inteligente y con mucha iniciativa, algo inclinado á la exaltación de ánimo, pero trabajador y entendido en todo. Concedor de Grecia, del ejército griego y del teatro de operaciones ocupó seguramente el puesto que le correspondía.

El coronel Sabit Bey, el más antiguo de los oficiales de estado mayor del cuartel general, es ingeniero, se instruyó prácticamente en Berlín donde estuvo tres años agregado al batallón de zapadores de la Guardia, es hombre ilustrado, serio, de temperamento sosegado y celoso en el cumplimiento de su deber.

Una persona singular es el teniente coronel Enver Bey, hoy Bajá, yerno del general Mehmet Alí (Detroit) muerto en Albania y que mandó en jefe el ejército del Danubio en la guerra rusa. Enver es un espíritu inquieto, una cabeza llena de ideas, predispuesto á la crítica, y que en tiempo de paz se engolfa en dudas teóricas, pero dotado de un temperamento vigoroso y emprendedor á la vez que de un carácter afable y caballeresco; faltándole solo la experiencia de la guerra para confirmar las esperanzas que siempre tuvo de que desaparecerían ante la realidad las vacilaciones originadas por fantasías teóricas, y que se impondría rápidamente en su lugar la decisión que se deriva del talento natural, del buen golpe de vista y del afán por el trabajo. También conoce el teatro de operaciones, porque siendo niño residió en Larissa donde su padre, general turco de caballería, estuvo mucho tiempo de guarnición. En 1894, y con motivo de un viaje de estado mayor dirigido por mí, en el cual sólo pudo tratarse de la defensiva, mandó el ejército turco. Algunos años antes había sido director de un viaje de instrucción en Macedonia.

Seiffullah y Enver no habían hecho mucha carrera antes de la guerra y vieron ascender á muchos de sus compañeros más modernos y menos aptos, pero el destino les ha hecho justicia. Ambos han ascendido á generales de brigada en los campos de batalla de Tesalia y tienen ante sí un brillante porvenir.

Continuando esta escala descendente llego á los demás oficiales de estado mayor que ya son todos discípulos míos. (1) Resisto al deseo de describir el carácter de cada uno de ellos, por más que podría bosquejar muchas semblanzas interesantes. El ejército no tenía en verdad mal estado mayor; casi todos sus oficiales hubieran podido desempeñar su cometido en cualquier ejército europeo. La mayoría de ellos posee una cualidad que es de mucha importancia para el militar: son jóvenes. Solo algunos antiguos oficiales alcanzan los cuarenta años; los demás están en los treinta; es decir, en la mejor edad para el servicio de campaña.

Debo sin embargo dedicar algunas palabras á un oficial que, aunque en rigor no perteneció al estado mayor del ejército de operaciones, ejerció sin embargo estas funciones en calidad de agregado. El coronel y ayudante del sultán Mahmud Bey es uno de los militares del ejército turco. Joven, inteligente, de buena constitución física, educado espléndidamente como hijo de Ghazi Muktar Bajá, poseído de noble ambición por el honroso estímulo que le dió su distinguido padre, en una brillante posición y casado con una princesa de Egipto, parecía reunir todos los dones que garantizan en circunstancias ordinarias una gran carrera. Queda sólo la duda de si en un país oriental, estas mismas brillantes cualidades no han de levantar numerosa turba de enemigos y envidiosos. Una vez que logre conjurar este peligro, podrá Mahmud prestar valiosos servicios á la patria que con tanto entusiasmo ama. No hace mucho tiempo que ha

(1) En primer término, el coronel Riza Bey que recibió su instrucción militar en la guardia prusiana.

demostrado su capacidad en las grandes cuestiones de la guerra publicando unos estudios notables sobre la defensa de Constantinopla, la campaña de su padre contra Rusia y las operaciones en el Danubio en 1877. También es muy conocido en Berlín por haber pertenecido durante siete años al 2.º regimiento de infantería de la guardia y haber visitado la academia de guerra. Los conocimientos allá adquiridos determinaron su nombramiento de profesor de la escuela de guerra otomana, y le estimularon á trabajar asiduamente. Al estallar la guerra, y sin puesto en el ejército móvil, marchó á la frontera tomando parte en los combates.

Entre los oficiales no pertenecientes al estado mayor que han sobresalido en elevados cargos debe mencionarse en primera línea a Riza Bajá, el general de artillería. No tiene más de 35 ó 36 años, es de naturaleza sana y fuerte, de mucho sentido práctico y de inagotable buen humor. Entiende á la perfección todos los asuntos militares, y Edhem Bajá y su ejército encontraron en él un excelente auxiliar. Hemos mencionado antes que el empleo de la artillería hizo fácil y expedita la misión directiva del general en jefe turco en los campos de batalla, y debemos proclamarlo con mayor insistencia cuanto que á la cabeza de esta arma había un comandante de tanta valía.

Según todas las noticias, en el cuartel general se trabajó mucho y sus oficiales no se quedaban en sus tiendas como en otro tiempo, sino que acompañaban casi siempre á sus tropas. Diariamente se reunieron para deliberar sobre las operaciones siguientes. Ignoro si se adoptó como norma general un proyecto determinado, pero de todas maneras no les serviría de regla, porque al declararse la guerra y ordenarse el comienzo de las hostilidades, llegó á Ellassona un plan acordado en el consejo áulico de Ildiz que decía: «Ofensiva del ejército por los desfiladeros de Beydermen y Chaihissar siguiendo desde luego la dirección general de Zarkos.» Era aproximadamente el antiguo plan de 1886 basado en la diseminación de las fuerzas griegas en Tesalia, y en la idea de atacar con decisión por el flanco izquierdo el grueso de Larissa para arrojarlo sobre el Ossa y el lago de Karla, acabando así con un golpe rápido la guerra.

Los griegos se concentraron desde luego en la frontera en tres grupos de fuerza casi igual. Las dos comandancias generales de Atenas y Larissa constituyeron dos fuertes divisiones de campaña; la de Missolunghi, la tercera. Cada división debía tener al principio 2 brigadas de 6 batallones, de 3 á 4 batallones de *evzones* y unas 9 baterías. No llegaron á hacerse variaciones considerables en la distribución de fuerza, aunque hubiera sido conveniente puesto que resultó distinta la importancia de los grupos.

La 1.ª división mandada por el coronel Makris se reunió en Larissa. Ascendió al final á 20 batallones, 10 baterías y 5 escuadrones, á los que se agregaron 2.000 voluntarios. Destacó avanzadas á Rapsani y á los pasos de la frontera inmediatos al lago Nezeros, al Davia Gechid en Koskiej, al paso de Meluna y en dirección á Tyrnavos, así como á los importantes desfiladeros de Beydermen y Chaihissar, es decir, al paso de Reveni. Únicamente una brigada con la masa principal de artillería y caballería quedó en Larissa.

La 2.ª división del coronel Mavromichalis se estableció al rededor de Trikala con una avanzada en Ralabaka y fuertes destacamentos en la frontera. Su

fuerza fué de 12 batallones, 8 baterías y 4 escuadrones. También se le incorporaron cuerpos de voluntarios que marcharon á la frontera.

La 3.^a división coronel Manos, 15 batallones, 9 1/3 baterías y 5 escuadrones, en Arta é inmediaciones, disponiendo de nutridas partidas de voluntarios que se encargaron de vigilar el curso del río hasta Kalarytae y de observar en dirección á Mezzovo.

El mando superior fué conferido al príncipe real Constantino, y se le destinó como jefe de estado mayor al coronel Sapounsakis, hijo del general griego que en 1896 dirigió las tropas de la frontera.

Para proteger Larissa se habían hecho algunos trabajos antes de la guerra, pero no bastaron para justificar el nombre de plaza fuerte con que la prensa designó á aquella ciudad. En toda la línea fronteriza, además de los blockhaus ya existentes, se construyeron trincheras. Había falta de tierra en aquellas alturas, pero amontonando piedras se levantaron con rapidez parapetos como los que se emplearon en 1886.

Junto á Tyrnavos, en el paso de Zigos, y finalmente frente á Prevesa se construyeron baterías y obras de tierra, se habilitaron para carruajes los caminos más importantes; en Guniza, á la salida del desfiladero de Kalamatri y en Baba á la entrada del valle de Tempe se tendieron puentes de pontones sobre el Salambria.

Así se prepararon en toda la línea las comunicaciones con las tropas de la frontera y la defensa de ésta.

Hay aún que mencionar que en el Pireo y en los golfos de Arta, Corinto y Volo se establecieron minas submarinas, de manera que en el caso de un bloqueo por escuadras extranjeras quedara abierta para el ejército la carretera desde la capital por Chalkis y Eubea á Scala de Oreos.

Considerando el despliegue estratégico de ambos ejércitos llama la atención en el turco la falta de armonía entre la repartición inicial de las fuerzas y los planes de operaciones que después se ordenaron. La separación en dos grupos principales, el ejército de Tesalia y el cuerpo de Epiro, fué indudablemente impuesta por la naturaleza del teatro de operaciones. Pero el primero no estaba dispuesto de modo que pudiera marchar por el ala derecha en dirección á Zarkos, sino más bien preparado para romper el frente enemigo por el paso de Meluna hacia Larissa. Confirma la presunción antes mencionada el hecho de que la suprema dirección de la guerra haya considerado y elaborado el despliegue del ejército y el proyecto de operaciones como dos cosas sin conexión alguna. Y al proceder así, se olvidó que en el momento de obrar no pueden desplegarse las masas de tropas como las figuras en un tablero, sino que por el contrario, su primera distribución determina completamente todos los movimientos á vanguardia hasta llegar al gran choque decisivo. Para que fuera posible el avance de una masa por Beydermen y Chaihissar se hubiera necesitado por lo menos escalar á retaguardia de la 1.^a división establecida en Damasi, dos divisiones más, la reserva del ejército, la de artillería y una división de caballería, y hacer también todos los preparativos indispensables para el paso por los dos desfiladeros. Ordenar al principio de las hostilidades que las divisiones 3.^a y 4.^a se trasladasen á través de las montañas desde Elassona á Dominika y Mogusta, hubiera sido una resolución fatal, porque ejecutada esta marcha paralelamente

á la frontera y por caminos difíciles, tenía por precisión que descubrirla el enemigo establecido en las alturas del paso de Meluna y en las de Rutsiovali y Papa-Livado. Además se había de realizar la operación bajo el efecto de combates á muy poca distancia empeñados por otras columnas, y como no estaba entonces preparado el tránsito por los desfiladeros de vanguardia, las masas que acudieron se hubiesen aglomerado sin poderse sostener mutuamente.

Dispuesto el despliegue en todos sus detalles desde la capital, no había para que censurar al general en jefe. Pero en Constantinopla parece que se obraba sin previsión alguna. Los que están enterados de las circunstancias afirman que el despliegue se derivó de los proyectos del ministerio de la guerra encargado de la movilización, y que el plan de operaciones fué después añadido por una comisión especial en el palacio del Gran Señor.

(Continuad.)

Traducción del MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.

MARCHA EXPERIMENTAL PARA ENSAYO DEL MATERIAL

DE MONTAÑA DE 7'5 DE TIRO RÁPIDO

(Continuación.)

Llevábamos el material á lomo y constantemente se tuvo que ir parando el ganado, porque eran muchísimos los repechos, cuestras y rampas, que tenía que subir, lo que tanto le molesta y perjudica por el movimiento de los bastes.

A las ocho y media cesó la parte mala, y desembocamos en un hermoso prado de fino césped, que llaman *Plá de Camp de Sirés* ó *Prat del Campo*. El sitio con su tranquila placidez y ese olor acre de la yerba húmeda convidaba á reposar. Se hizo alto y descargó el material, dando á la tropa jamón y vino y pienso al ganado, el cual se había encadenado, formándose animados grupos de los que se sacó una vista fotográfica.

En el fondo aparecía por primera vez á nuestra mirada, la inmensa mole de los Pirineos que, ofusca por su grandeza, y maravilla por su original estructura destacándose de élla la legendaria cadena de los montes *Malditos*, coronados de deslumbradora nieve que el ardiente sol de julio, impotente para derretirla, hacía brillar con plateados reflejos.

A la hora seguimos la marcha, por terreno en general bueno, aunque á trozos aparecían piedras poco afirmadas, que marcaban el sendero, el cual iba á ocultarse en un poblado y frondoso bosque, cuyas entrelazadas ramas habíamos de apartar para seguir.

Un trozo de muy mal piso que duro ocho minutos, otro horizontal, una rampa escabrosa y difícil, de unos 200 metros, con pendiente de un 10 por 100, era lo que nos faltaba hasta Bonanza, pequeño pueblecillo, donde el cura salió á invitarnos para almorzar, y, aunque de prisa, aceptamos y agradecemos el amable obsequio, haciendo una pequeña parada.

A la salida tuvimos que ir por una extensa planicie que formaba la montaña, cuyos límites se perdían en el horizonte, sin distinguir punto alguno á que referirnos antes por el contrario, nos confundían multitud de estrechísimos sen-

deros marcados en el suelo, que iban en distintas direcciones, en términos que nos perdimos momentáneamente. Fortuna fué hallar un pastor que nos indicó la vereda que buscábamos, y entonces con la caballería fuí formando la línea que guió y sirvió de enlace á la columna en aquel erial cuya desesperante monotonía llegó á desorientarnos.

A una hora de Bonanza, desde donde no habíamos cesado de subir pero suavemente, doblamos el monte encontrando ya allí bien marcado el camino y con mejor piso que hasta entonces. A la media hora se hizo alto, y se inspeccionaron las cargas y bastes, teniendo que desembastar un mulo de cañón tan fuerte y vigoroso que á pesar de los muchos días de jornada, iba saltarín y retozón como si acabara de salir del cuartel, y había tirado la carga.

Después ya caminamos por sitio ancho y llano y aprovechando un arroyo que de allí á poco vimos, se dió agua al ganado, y tomamos la orilla del río Sabana, que atravesamos en seguida por una palanca.

A la una y media entrábamos en los Paules agrupación de casas donde se alojó el ganado sin desembastar, se dió pienso, y distribuyó el rancho hecho previamente, reposando dos horas, pues llevábamos siete andando. De allí tomamos un camino de herradura áspero y lleno de cuestras que oscilan entre 10 á 25 por 100 y dimos vista á la masía de San Vicente, cruzamos el barranco de Rebisol por un puente de árboles y los pueblos de Pidrafitá, Remúñez, y Bisormí, donde se dió agua, pues hacía fuerte calor.

Nada de particular ocurrió en el resto de la marcha, y al llegar al barranco de Ormuella, lo atravesamos por una palanca penetrando en Castejón de Sos á las siete.

El pueblo, emplazado en un llano, es grande y de buen caserío con aguas abundantes y exquisitas. Se nos recibió medianamente, hubo cuestiones por el pan, la cebada, alojamientos, ... etc., costando muchas dificultades sacar todo lo que nos correspondía y necesitábamos.

El aparcar el material; conseguir local para la guardia, luz y leña, fué motivo de acres discusiones, y hasta lo que compramos nos costó tres veces su valor. Las posadas son muchas pero malas y lo mismo las cuadras.

Todo esto me produjo impresión bien desagradable que no puedo menos de consignar, y en realidad no encontramos allí esas nobles cualidades de los francos y generosos aragoneses.

Se hizo la cura y se inspeccionó el ganado que presentaba levantes y rozaduras sin importancia, pudiéndose embastarlos todos á excepción de dos. Se notaron acentuadas las depresiones de los bastes de muelles, y dos quedaron inútiles para la carga por haber perdido su asiento.

Tuvimos una cena muy mala, para que nos quedase recuerdo bien poco grato, de aquel pueblo inhospitalario y dispuesto el plan del día siguiente me retiré al alojamiento.

12 Jornada, 6 de julio.—Con una mañana fresca y agradable salimos de Castejón de Sos á las seis y media en dirección á Benasque, por un camino pedregoso estrecho y á grandes trozos convertido en riera por las lluvias de días anteriores. Pero era tan bello, á pesar de sus molestias y asperezas, que fácilmente se olvidaban éstas, distraída la vista con las verdes márgenes del murmurante río, los bosques sombríos, los anfiteatros de montañas y los ondulantes valles,

en los cuales destacábanse blancos caseríos que, empequeñecidos por la distancia, semejaban un esparcido bando de palomas venidas á apagar su sed en los frescos arroyos que por las vertientes del monte se deslizaban, yendo á enriquecer el caudal del Esera, cuyo curso bordeábamos.

Dimos vista al pueblo de Sesné y pasamos por los de Villanova, Sahún y el antiqusimo Santuario de Nuestra Señora de Guayente, que si no ostenta grandiosas líneas arquitectónicas ni los esplendores de la riqueza, está perfumado por las puras flores de la montaña, y ante el ara de la Santa Imagen, muy venerada en aquella comarca, elévanse las plegarias de una fe sencilia y de una devoción verdadera. De sus muros, desprovistos de todo adorno, pende como glorioso trofeo de guerra una bandera turca, cogida en el inmortal día de Lepanto por el caballero de Malta D. Francisco de Azcón, natural de un pueblecillo próximo al Santuario y comandante de una de las galeras españolas, el cual la depositó á los pies de la Virgen, al volver ileso de aquella sangrienta jornada.

Más adelante encontramos á Eriste, en cuya inmediación hay un secular nogal de extraordinaria corpulencia, pues tendrá su tronco más de cuatro metros de diámetro, y cabe decir sin exageración que bajo sus ramas pueden cobijarse casi todos los habitantes del pequeño pueblo. Tiene éste dos puentes: uno sobre el Esera, por donde se va á Anciles, y otro sobre la riera de Eriste, que da paso al camino de Benasque.

El sol comenzaba á molestar, y, después de algunos descansos para que calmasen su sed los soldados en las cristalinas fuentes que en el camino fuimos encontrando, haciéndonos comprender estábamos ya en la región de las montañas, llegamos á Benasque á las diez y media de la mañana. Pasado el puente ojival que hay á la entrada, penetramos en una plaza, donde hizo alto la columna ante el general D. Pedro Cornel, hijo de aquella villa, que nos estaba esperando.

A pesar de que llevábamos ya doce jornadas, algunas bien penosas, y de las molestias del calor y del camino convertido en lodazal mucha parte, y en otras lleno de piedra, se entró en correcta formación como si se llegase de un corto paseo militar.

Pedido permiso al general se hizo el alojamiento de la gente y el ganado en buenas casas y cuadras. El pueblo nos recibió con gran cordialidad y alegría, bien es cierto que venía mandando la batería el capitán D. Antonio Anglada, hijo de Benasque, y que el simpático alcalde D. José María Albar, es hermano de otro capitán de artillería.

Las familias principales de la villa tomaron á empeño el agasajarnos y atendernos, y no obstante lo poco visitada que es, por encontrarse tan lejos de todos los grandes centros; ha sabido cumplir de modo admirable los deberes de la hospitalidad, como en los lejanos días de la Edad Media, por lo mismo que las comunicaciones eran difíciles y poco frecuentes, recibían los pueblos con la cordialidad más exquisita al viajero que á sus puertas llamaba, considerando sagrada su persona y otorgándole todas las delicadezas del cariño y las satisfacciones del propio hogar.

Estas ideas tradicionales y este espíritu noble y hospitalario hacia el forastero, mantiénnense con más viveza en las montañas que en las ciudades populosas, donde se vive entre el bullicio, la frivolidad y el indiferentismo, y el constante movimiento y variación aflojan los lazos todos del afecto.

Por las noticias que me dieron comprendí era imposible atravesar el puerto de Benasque, efecto de los temporales habidos en la primera decena de Julio, así que el descanso de un día que estaba allí señalado, hubo de prolongarse dando ocasión á que se multiplicasen los obsequios, cuyo recuerdo aun es causa de viva satisfacción para mí, amargada únicamente por no alcanzarse el medio de agradecerlo cual se merece.

Esta detención me sirvió para recorrer con algún detenimiento el pueblo que está asentado en dilatada llanura bella y pintoresca. Tiene calles anchas, espaciosas plazas, buen caserío, y se echa de ver desde luego que ha sido vida señorial, antiguamente de mayor importancia que hoy. La calle Mayor es una de las que conserva edificios mejores, y allí habitan las principales familias de lo que dan fe las torrecillas defensivas y los heráldicos blasones que esculpidos aparecen en las esquinas de las casas, sobre sus puertas ó bajo los frontispicios de las ventanas.

Descuella el palacio llamado del *Regatillo*, bastante bien conservado, que perteneció á el conde de Ribagorza, un bastardo de Aragón. Tiene en sus esquinas cubos redondos de mucha antigüedad, y en la fachada adornos y bellas esculturas representando animales, flores y bustos de mujer con tocado del siglo xv, por lo cual á mi juicio la primitiva fábrica, sufrió importante restauración, siguiéndose el estilo del renacimiento en la forma que lo aplicaba la escuela florentina.

Casi enfrente de este palacio se ve un artístico torreón, que es la antigua cárcel, por cuyos destrozados techos penetra la luz del día, y tras de las rejas, y por las cuarteadas paredes, aparecen jirones de cielo en lugar de las faces torvas y siniestras de los criminales. Esta especie de abandono que tratándose de otro edificio pudiera tomarse como desidia de los benasquenses, es, por el contrario, padrón de honra para ellos, pues demuestra sus cualidades de laboriosidad, honradez y morigeradas costumbres que hacen perfectamente inútil la prisión.

Destacándose entre el caserío en general bajo y cuyos sombríos techos de pizarra dan un aspecto triste y caracterizan á esas regiones donde las nieves son abundantes y frecuentes, elévase esbelta y erguida una torre señorial del siglo xii, con almenas, llamada casa de Juste, apellido de los más ilustres de Aragón y linaje de infanzones é hijosdalgos, poseedores de la Baronía de Monclús del lugar de Arcussa en Sobrarbe, donde tenían un suntuoso palacio, cuya artística obra recuerda la fama con elogio.

Uno de los individuos de esta nobilísima familia fué á establecerse á Benasque y edificó la mencionada casa con toda la espléndida magnificencia que exigían su prosapia y los bienes que tenía. Hoy la habitan descendientes del fundador, y, no obstante su estado de decadencia y marcadas huellas de abandono, se comprende cuanto sería el mérito é importancia de aquella construcción en su primitiva época.

(Continuará.)

EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS,

Comandante de Artillería.